

te, el ruido de un cuerpo que caía de peña en peña, y el choque sordo de un cráneo que se estrellaba contra las rocas.

Noviembre 9 de 1837.



La Procesión.

(México.—1836.)

Don Juan no es don Juan.
ROJAS:—EL AMO CRIADO.

I.

UNA MADRE.

Véanse los balcones de una de las calles de S. Francisco bellamente adornados y sosteniendo porción de gente que esperaba con ansia la procesión del Corpus que debía de pasar por allí muy presto. Las personas que ocupaban los altos, se colgaban llenas de afán para poder atisbar á los que por la calle pasaban apiñándose hacia la sombra que les proporcionaba la vela, que estaba tendida no ciertamente para su co-

modidad. En ambos costados de la calle permanecían en fila los pobres soldados que formaban las vallas, renegando del oficio, del hambre, del sol y del vestido nuevo que tan incómodos los tenían, y envidiando la fortuna de los paseadores que caminaban en medio, vueltas las caras hacia los balcones, como si una fuerza magnética las atrajese, ó como si un corbatín de hierro les impidiera mudar de posición. Entre los tales veíanse muchos asestando sus lentes á los balcones:—un astrónomo al verlos hubiera dicho que eran Herschels buscando con ansiedad nuevos planetas para indagar su curso, medir su magnitud y describir sus revoluciones. En ambas aceras las gentes, entre las oleadas y estrechones, buscaban lugar cómodo para gozar con holgura de la procesión.

El confuso rumor producido por la multitud de bocas que hablaban, y el sinnúmero de piés que se movían, unido al estruendo de los cañones que disparaban en Palacio y al sonido monótono de las campanas que repicaban en la Catedral, daban claros indicios de que no siempre el hombre gusta de la armonía, y de que no todos los oídos se han hecho para gustar de la delicada melodía de los versos de Garcilazo y Jorge Manrique.

Viéranse en una de las aceras tres personas luchando con el torrente y abriéndose paso, pidiendo permiso á veces, á veces

usando de sus cuerpos mismos cuando la necesidad los obligaba á ello, que era casi siempre, pues no había mucha urbanidad de parte de los que habían encontrado lugar ó de los que lo buscaban todavía en dirección inversa de las tres personas que la atención nos han llamado.

Estas eran dos señoras vestidas con decencia, aunque pobremente, y un joven como de veintidós años, de bella y agradable fisonomía, algo cubierta con el embozo de una capa azul que envolvía su bien formado cuerpo. Dicho joven, que iba por delante de las señoras, parecía lleno de inquietud por llegar al paraje donde se encaminaba. Las señoras (y particularmente una de ellas, que llevaba en los brazos una niña, á la cual defendía de los empellones de los que encontraba, con el afán de una madre cariñosa) tiraban de la capa del joven y le decían que no se apresurara tanto; pero él hacía oídos de mercader y continuaba su camino sin curarse de los vituperios que le enviaban de paso, ya una mujer atropellada, ya un "lépero" á quien oprimía al pasar, ya un pisaverde á quien ladeaba los anteojos, pleonasma de este siglo de ilustración. Más que hombre, parecía carro de vapor cuya máquina era irresistible y se abría paso derribando cuanto encontraba, dispuesta á romper el obstáculo ó á estrellarse ella misma.

Al fin todo el vapor se extinguió, y nues-

tro carro quedó plantado en medio de la acera como con firme resolución de no dar ni un sólo paso atrás ó adelante. La señora que cargaba á la niña, después de unos segundos, viendo que el joven no se movía, le impelió suavemente con una mano, luego con más fuerza, luego le dió dos palmadillas en el hombro; pero así cuidó el joven de estas amonestaciones como de las coplas de Calainos. Su mente parecía entregada enteramente á un sólo pensamiento, y este pensamiento no se dirigía indubitablemente á la procesión. Aquellos ojos ardientes enclavados en un lugar, aquella frente oscurecida por la tristeza y tal vez por el rencor, aquellos labios pálidos y temblorosos que parecían querer proferir una palabra, y sin embargo no podían, indicaban que una pasión horrible se abrigaba en el alma del infeliz.

—Julián, dijo la señora volviendo á dar una palmadilla en el hombro al joven; Julián, ¿duermes?

—Hum, respondió el joven entre dientes: articulación que no hubiera sido fácil decidir si era un "sí" ó un "no."

—Pues anda, hijo mío, replicó la señora.

—¡Aquí! pronunció el joven con alguna más claridad.

—¿No ves que aquí nos va á destrozar la gente? Busquemos mejor lugar: anda.

—No hay otro mejor que éste, contestó

el joven. ¡No hay! continuó para sí, y sin embargo, más quisiera estar en un horno!

—¿No ves, Julián, que esta criatura me fatiga?

A esta observación, el joven se levantó sobre las puntas de los piés y tendió rápidamente la vista en torno de sí; después hizo un movimiento hacia un lado, y abriendo una brecha por entre la gente, se posesionó del umbral de una puerta, á donde le siguieron en el instante las señoras.

—¡Qué dichosa es vd., Doña Joaquina, en tener un sobrino ó una hijo, como vd. le llama, que le sirva en ocasiones como ésta; pero yo, pobre viuda, sin más amparo que mis propias manos, apenas tengo quien se acuerde de mí.

—Y sin embargo, replicó Doña Joaquina, no soy tan feliz como vd. me cree: mucho he padecido, mucho; y cada procesión es para mí un infierno.

—Tiene vd. razón, Doña Joaquina; estas procesiones ¿de qué sirven? ¿Pues no podemos adorar á Dios con más decencia en su templo? ¿Sabe vd. para quiénes son las procesiones? continuó acercándose más á su compañera: las procesiones son para los cocheros, los ricos, los "catrines," los empleados y otras malas gentes que por delicadeza no nombro. Pero para nosotras, pobres viudas de oficiales que han muerto en la campaña. . . . ¿A que no nos dan ni una mesada siquiera? Tiene vd., sí, tiene

vd. muchísima razón de aborrecer las procesiones.

Doña Joaquina no pudo menos de sonreírse al oír tan disparatada consecuencia; pero al instante volvió á entristecerse su fisonomía: señal evidente de que se agolpaban en su imaginación mil recuerdos amargos. Indicó á su compañera que se sentara en el umbral; y ella hizo lo mismo, colocando en medio á la niña, á quien no soltaba un brazo que la tenía cogido.

—Quiero ir con Julián, mamá, dijo la graciosa niña tratando de desaprisionar su brazo, y queriendo ir hacia donde estaba el joven, que se había desviado algo de las señoras.

—No, hija mía, aquí estás bien; que luego que venga la procesión te levantaré para que la veas.

—Pero si quiero estar con él.

—Pero si no te has de separar de mí.

—Déjela vd., se atravesó la otra señora, déjela vd. ir con D. Julianito, que está tan cerca de nosotras contemplando la cortina de aquel balcón.

—No, aquí está bien conmigo.

—¡Qué mala madre es vd.!

—¡Mala madre! exclamó Doña Joaquina escondiendo su rostro entre las manos; ¡mala madre!

—No se aflija vd., señora, que no lo dije por tanto, ni soy capaz de injuriar á nadie. Yo soy una pobre viuda, como vd., á

quien no pagan en la comisaría más de.... yo diré á vd.; porque treinta pesos que recibí.... ¿Cuándo recibí los treinta pesos?

Al hacer esta indiscreta pregunta observó que su compañera estaba bastantemente afligida, y como para consolarla continuó:

—Es verdad que el buey solo bien se lame, y al fin yo soy única, y como suele decirse, "china libre;" pero no se aflija vd., vecina, que Dios abre la mano para todos, y así es padre tierno, como juez rígido. Vd. tiene una hija como una amapola: crecerá y se casará con un gran señor, y en un quitame allá esas pajas se hace vd. de dinero, como quien dice, y no tendrá vd., cual yo, que ir á la comisaría para volver diciendo: "Fuíme á palacio, fui bestia y vine asno." Pero ahora que me acuerdo: el otro día oí hablar de una historia muy triste de vd.: ¿por qué no me la ha confiado? somos bastante amigas.... Verdad es que como hace ocho días que nos conocemos....

—Mi desgracia es bastante sencilla, Doña Manuela; indiferente tal vez para otros, para mí terrible. Cada procesión, como he dicho á vd., es un infierno para mí, porque me recuerda mi infortunio. Dieciseis años ha que no veo una, y me había propuesto no presenciar otra en mi vida; las instancias de vd. y de mi hija me decidieron á venir: si no hubiera sido por esto, no vengo.

—¿Pero por qué es tanta antipatía?

—Porque una procesión me hizo infeliz, y otra procesión me hará más. Escuche vd.

Esto diciendo, se enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla, y luego prosiguió.

—Vivía yo muy contenta con mi querido esposo, que de paz goce, y de una niña, Dorotea, que el cielo nos había dado: apenas tenía tres años, y ya su hermosura y su talento llamaban la atención de cuantos la conocían; su donaire era extremado, su vivacidad sin límites; en fin, era tan amable y se atraía de tal manera la voluntad de todos, que un señor rico que la hubo conocido, decía que hubiera dado con gusto la mitad de su hacienda porque fuera suya mi Dorotea.—Parece que estoy mirando aquellos ojos negros y rasgados, aquella boca teñida de carmín, aquella seda de sus negros cabellos, aquellos piececillos que desaparecían dentro de mis manos.... ¡Oh hija de mi corazón! ¡oh amor mío, jamás te me despintarás de la memoria!....

Así diciendo, levantó un pañuelo para enjugarse las lágrimas, que ya corrían en abundancia por su entristecido rostro. La niña la miraba temblando y lloraba también. Doña Manuela olvidó por aquel instante su viudez, sus refranes y su comisaría, y ya sólo pensó en consolar á su compañera y vecina de ocho días.

—¡Válgame Dios! exclamó; ¡pobre señora! Yo no creí que por una niña muerta,

porque supongo que habrá muerto, se llorara tanto.... Ya se ve, como yo no he tenido hijos.... Consuélese vd.... ¡Pobre señora! ¡Lo que es ser una madre!.... D. Julianito, venga vd. á ver á su señora tía.... quiero decir, á su señora madre....

Pero D. Julianito sólo tenía ojos para ver el balcón ya indicado, ó su cortina bordada de oro, y oídos para escuchar lo que se hablaba en un corrillo de petrimetres que estaba á su lado.

Afortunadamente su auxilio no era de necesidad, porque más eran los aspavientos de Doña Manuela que el accidente de Doña Joaquina; el cual sólo era el llanto tierno de una madre, y una madre no necesita auxilios ni testigos para llorar la pérdida de su hija.

Doña Joaquina abrazó á su niña, la besó, y prosiguió hablando de esta manera:

—El día de Corpus del año de 20 me propuse llevar á mi hija á la procesión: ¡ojalá nunca lo pensara! La vestí con un muy hermoso traje de seda morado; aunque era pequeña me gustaba "lucirla" ya; puse en sus cabellos un florón hermosísimo que yo propia había trabajado; y así, bien adornada, como si la fuera á poner en un nicho, la llevé á la calle de Tacuba para que viera la procesión. Como yo he sido siempre pobre, no tenía balcón donde llevarla, y en el umbral de una puerta, como ahora estamos nosotros, me puse á mostrarle la procesión. Ya

me cansaba de tenerla en los brazos, y la bajé al suelo: en esto empezó á llover; todos corrían, todos se atropellaban; los coches y los caballos por un lado, las gentes por otro; todos se encontraban, todos se empujaban, todos consideraban menos el daño que hacían á los otros por su propia comodidad. Mientras esto pasa, busco á mi hija para llevarla en mis brazos, para abrirla en mi seno.... A todas partes vuelvo los ojos, en derredor de mí la busco, y no hallo nada; la llamo á gritos, y mi voz se pierde entre aquel horrible estruendo; quiero correr, y soy detenida por la muchedumbre que había por donde dirigía mis pasos. La desesperación me dió fuerzas y me abrí ancho camino por entre la turba; miraba todos los rostros, examinaba todos los niños.... y mi hija no parecía.... La calle fué quedando sola, desierta: sólo pasaba uno que otro coche, sólo pasaba una que otra gente; y sin embargo, yo permanecía allí, allí, recibiendo el agua que del cielo caía, caminando de una á otra parte de la calle, gritando!.... El bramido de las nubes era más poderoso que mi voz: á mí nadie me escuchaba. Voy perdiendo más y más la esperanza, más y más crecía la desesperación en mi alma.—Llamo á todas las puertas y pregunto por mi hija, y doy á todos sus señas: nadie la había visto, nadie! Y corro, y á todos los que encuentro les pregunto por ella: unos me di-

cen que no la han visto y se pasan; otros por no mojarse ni me atienden, y si me atienden no me responden.... ¡Qué almas! Dios quiera que jamás experimenten el dolor que yo! Sin embargo, hubo personas que se dolían de mí, que se mojaban por preguntar qué tenía, y veía yo que al saberlo mostraban aflicción; pero ninguno lloraba, ninguno más que yo. La gente se fué reuniendo más bien por curiosidad que por lástima. Y en efecto, ¿no era una diversión muy peregrina el espectáculo de una madre que ora se mesa desesperada los cabellos, ora se hinca á rogar á Dios, ora corre en todas direcciones, y se encara con todos, y á todos les pregunta por su hija, y les ruega que vayan á buscarla; y todo esto cuando un mar inmenso caía sobre nuestras cabezas? “¡La loca!” gritaban y corrían tras de mí, riendo unos de ver mi figura, apartándose otros como de una fiera.... Llegué á mi casa y conté á mi esposo nuestra desgracia: él salió al momento á buscar la prenda de nuestro corazón; los vecinos se reunieron, me cercaron y lloraban; pero yo no lloraba ya: estaba serena, me paseaba á veces, saludaba á todos, me sonreía con algunos: parece que me preparaba á un festín.... Mi esposo volvió de la calle: nada había encontrado; pero para colmo de su desgracia yo estaba ya con fiebre, fiebre que me hubiera llevado al sepulcro: ¡ojalá!.... Pero los cuidados de

mi esposo me salvaron. Nos esperaba aún la miseria; el hambre nos acosaba: mi esposo, después de padecer algunos años, murió hace poco, y un mes después di á luz á esta niña. Julián, huérfano y sobrino nuestro, había estado en el colegio sostenido por nosotros: salió de él y se vino á vivir conmigo, y á trabajar para que yo comiera. . . . ¡Pobre Julián! ¡es tanto lo que trabaja y tan poco lo que gana! . . . Pero él no se queja, todo lo sufre. . . . es un justo que nunca se ha apartado del difícil camino que Dios le trazó.

—¡Calle vd.! ¡calle vd.! exclamó Doña Manuela, ¿no ve vd. que nos ha hecho llorar á mí y á esta niña? . . .

En efecto, la niña al par de las señoras lloraba también sin saber por qué: prueba evidente de que el hombre nace con cierta propensión á hacer lo que hacen los demás, y á sentir como sienten los que le rodean, mayormente siendo personas á quienes ama.

Afortunadamente esta escena de dolor, que ya iba llamando la atención de los circunstantes, fué interrumpida por un movimiento general de la concurrencia que se agitaba demasiado, ya porque veía venir la procesión, ya por los culatazos que con poca cortesía repartían á diestra y siniestra los impacientes soldados.

La niña, llevada de la curiosidad, quiso levantarse; pero se encontró detenida por

el brazo de su mamá, que no la había soltado un sólo momento.

Entre tanto la procesión se acercaba pausadamente: cuatro sayones á caballo, ostentando orgullosamente sus sendas barbas postizas, venían por delante; seguíanlos diversas comunidades, cofradías y hermandades; un hombre cubierto de grasa y cargando un cajón, que decían llevaba cera; bandadas de colegiales vestidos con sus peregrinos trajes talares y sus tiras de paño sobre los hombros; bedeles con sus túnicas de terciopelo carmesí y sus enormes mazas en la mano; frailes de diversas religiones: cabizbajos unos, risueños otros, gravadosos los más; doctores vestidos de mogigangas, llevando en la mano un penacho de mula que llaman borla, y que por la multitud de colgajos, pudiera rivalizar con un chinesco; canónigos, magistrados, militares, etc., completaban aquella farsa, con la cual, y con un objeto divino, la humanidad profana á la divinidad.

Doña Joaquina levantó á su niña para que gozara de aquel espectáculo.

—Mira, le decía, diviértete á tu placer. ¿Estás contenta?

La criaturilla, empero, no respondía: sus ojos brillaban, tendía sus manecillas, se sonreía, y dirigía la palabra á los que pasaban enfrente de ella, como si todos fueran sus íntimos amigos; pero éstos, léjos de corresponder á aquellas inocentes demostraciones

de afecto, le lanzaban terribles miradas que hacían bajar momentáneamente los ojos de la niña, no logrando turbar, sin embargo, su placer.—¡Miserable vanidad humana! Ministros, grandes y poderosos señores, prelados, magistrados de todas clases, ricos y finchados personajes, como figurines de linterna mágica, estaban sirviendo de diversión y entretenimiento á una pobre niña cuya familia apenas tenía lo necesario para subsistir!...

La procesión terminó, la gente empezó á agitarse como las olas, los coches de los potentados pretendían correr, atropellando á los que encontraban, cuya culpa para recibir semejante desaguizado, era haber nacido hombres: es decir, no haber nacido con dinero, ó no haberlo adquirido á costa de la miseria de los demás; seguíanlos los alquilones tirados por mulas que apenas podían andar agobiadas bajo el poder del hambre y de los latigazos, pero cuyos cocheros no cesaban de acosar bamboleándose de uno á otro lado, echando una pierna atrás y otra adelante, lanzando de su púdica boca tremendas maldiciones, y azotando cruelmente por la cara á las desdichadas mulas, como si sus intenciones fueran las de que anduviesen para atrás.

Doña Joaquina pretendía irse; pero no encontraba á su sobrino y lo esperaba, más en vano: el joven no parecía.

—Vámonos, dijo Doña Manuela; no ten-

ga vd. cuidado por D. Julianito: habrá encontrado á algunos amigos suyos y se habrá ido con ellos, ó tal vez nos ha perdido y se fué enfadado de no encontrarnos.

—Tiene vd. razón, respondió Doña Joaquina: vámonos.

La tarde se pasó, la noche también, y Julián no volvía á su casa; la inquietud de su tía era extrema; maldecía su suerte y juraba no volver á las procesiones, fatales ya para ella: su dolor era terrible, las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas, en su cabeza se agitaban mil ideas opuestas, y se figuraba á su hijo adoptivo en mil situaciones diversas y á cual más horribles.

Dado habían las nueve de la mañana, cuando resolvió salir en busca de D. Julián; pero fué detenida por un hombre que la traía una carta: la abrió con ansiedad porque conoció al instante la letra, y recorrió con avidez las siguientes líneas:

“Madre mía: injustamente estoy encarcelado; nadie conoce mi corazón mejor que vd., y sabe que no soy digno de semejante tratamiento: que hagan los demás el juicio que quieran de mi conducta, poco me importa estando vd. satisfecha de mí. “Para verme libre de los que me oprimen no confío en mi justicia, porque ésta vale poco en la tierra; pero la mano poderosa que nos dió el ser no olvidará jamás á la inocencia oprimida. Y en cuanto al hom-

“bre que quiere robarme el talismán que me da la vida. . . . Vd. no puede comprenderme, madre mía; pero he jurado venganza!”

II.

CONTINÚA LA PROCESIÓN

Nuestros lectores tendrán la bondad de retroceder con nosotros, y hacer cuenta que la procesión no ha pasado. Hemos visto á nuestro D. Julián escuchando atentamente la conversación que á su lado habían emprendido unos petimetres, y mirando con ansiedad al balcón que tenía á su frente, revestido con una cortina blanca bordada de oro y adornado con porción de bellísimos floreros y cuadros. Pero no era tanta la frivolidad del joven que parara dos minutos; la atención en aquellas exterioridades: una joven vestida de luto y un petimetre francés que la acompañaba, eran los objetos que atraían sus miradas.

—Conque por fin, dijo uno de los del corrillo que estaba junto á D. Julián, con que por fin se nos casa Isabelita con ese advenedizo de Le Braconier.

—Es una lástima, decía el otro: estos malditos franceses se han apoderado hasta de nuestras mujeres.

—¡Malditas sean ellas! ¿cómo tienen la

desvergiienza de entregar su corazón á un gabacho?

—¿Y eso qué tiene de extraordinario, amigo mío? dijo un tercer interlocutor, ¿pues qué, una mexicana comete un delito con casarse con un extranjero?

—No señor, replicó el primero; que al fin todos somos hombres, y ellos no son ni más ni menos que nosotros; pero debe vd. advertir que Le Braconier es un aventurero, que, como otros muchos que han venido del otro lado del mar y algunos que han nacido en nuestra malhadada república, á fuerza de picardías y sobre no muy sólidos cimientos, ha logrado elevarse.

—Siendo así, el padre de Isabel es un majadero y la tal Isabelita una. . . .

—Poco á poco, interrumpió uno de los oyentes; por ahí se dice que Isabel se casa por condescendencia.

—Por condescender con los deseos de su padre, gritó otro; eso es claro: ella misma me lo dijo el día de San. . . .

—¡Ella misma! exclamaron todos.

—Es decir, no precisamente ella; pero sí una amiga suya, que es lo propio. Isabel debía haberse casado ya, si no hubiera sido por su mamá, que se oponía á semejante enlace.

—¿Y por qué?

—Porque la buena señora tenía sus escrúpulos en si era ó no cristiano nuestro gabacho.

—¡ Hombre!

—Por fin, la señora murió tres meses ha, Dios sabe cómo; hay quien asegure que un licor muy sutil y que va consumiendo pausadamente á la persona que llega á tomarlo. . . .

—¡ Qué horror! exclamaron todos estremeciéndose, ¡ qué horror! eso no puede ser, esa es una calumnia!

—¡ Ay amigos! cómo se conoce que son vds. mexicanos, ó salvajes, que es lo mismo. Si vds. no fueran brutos, es decir, si vds. hubieran nacido en Europa, principalmente en Francia ó Italia, oírían lo que les cuento ahora como quien oye decir que llueve en Agosto y hiela en Diciembre. En aquellos países civilizados se acostumbra derribar, sin consideración ninguna, el obstáculo que se presente en el camino de la fortuna; pero como nosotros somos salvajes, siempre buscamos el camino recto, y no usamos jamás del veneno, cosa tan necesaria á un francés, como la espada á un español de los siglos medios, ó como la reata á un campesino nuestro.

—¿ Y D. Santiago ignora por supuesto la maldad de su futuro yerno?

—Es claro: el pobre de D. Santiago es un necio que se ha dejado aturdir por el gabacho, y que mientras ahora, entre otros magistrados sus compañeros, viene por ahí "luciendo" la persona en la procesión, deja á Isabel abandonada á la tonta de su tía, y al no tonto paisano de Robespierre.

Julián se acercó al que tales noticias estaba dando, le llamó aparte y le dijo:

—¿ Es vd. hombre de honor?

—Eso no se le pregunta á un mexicano.

—¿ Es vd. capaz de hacer un favor á un desgraciado?

—Según sea.

—Si no me engaño, continuó Julián estrechando la mano del individuo á quien hablaba, si no me engaño, vd. tiene amistad en la casa de D. Santiago Ursua: lléveme vd. á ella, y sacará mi alma del infierno en que se consume.

—Ni es ese el camino, ni vd. mi compadre: ni yo entro á la casa de D. Santiago, ni aun cuando entrara le llevaría á vd., ni aun cuando le llevara, sería vd. bien admitido, porque no pertenece vd. á la alta aristocracia, á juzgar por su vestido.

—Todos se burlan de mi dolor; pero yo me sabré vengar.

—Ni me burlo de su dolor, ni entiendo lo que me dice; pero para tener entrada en esa casa se necesitan muchos requisitos y mucho trabajo. Es necesario que empiece vd. por vestirse de "tono;" en día festivo, como hoy, ha hecho vd. bien en ponerse capa, que es el "non plus ultra" de la "elegancia;" pero si ni aún siquiera se ha puesto vd. chinelas coloradas, ni se ha dejado vd. olvidada la corbata. . . . ¿ á que no se le están cayendo á vd. los pantalones?

—Quede vd. con Dios, amigo mío, dijo Julián con tristeza; envidio su buen humor, que forma una bella contraposición con mi negra melancolía. . . . ¿Sabe vd. por ventura si cuando vengo de capa es porque no tengo un miserable frac, una raída levita? Adiós, continuó con languidez.

—Adiós, dijo enternecido el joven, y prosiguió para sí: Este hombre es verdaderamente original; pero el caso es que me ha quitado toda la alegría que animaba mi corazón.

Entre tanto, D. Julián atravesaba la calle pensando en la imprudencia que había cometido.

—¡Qué pensará ese hombre de mí, decía en su interior, se figurará que soy un loco! ¿Y por qué? Porque he tenido la necedad de creer que todo hombre que veía yo era un amigo, un hermano á quien podía pedir auxilio en mi desgracia. ¡Oh! ¡qué terrible es un amor sin esperanza! Y los hombre que me vean se reirán de mí, y los que escuchen mis palabras me despreciarán como á un insensato; y todo esto porque mi alma es más susceptible de poderosas sensaciones que la de muchos que me rodean.

Así delirando logró abrirse paso por entre la gente, traspuso el zaguán de la casa de D. Santiago, subió la escalera, y sin escuchar los gritos del portero que le preguntaba repetidas veces el objeto de su visita,

entróse rápidamente en una sala magnífica, adornada con un candil de cristal que estaba colgado en la mitad de la sala, y una mesa redonda con un solo pie que remataba en tres: veíanse también un eterno clave de cola, rinconeras magníficas con floreros ó estatuas de porcelana, un reloj de mesa que representaba la catedral de "Nuestra Señora de París;" un estrado hermosísimo compuesto de sillas y sofás, forrados de telas de cerda y seda, entre los cuales sobresalían dos anchas y mullidas otomanas y dos sillas de "balancín" en ambos costados de la sala, donde se mecían, una enfrente de la otra, dos damas vestidas de hombre, ó más claro, dos petimetres: leyendo el uno la "Gimnástica del bello sexo," y talareando el otro con voz melosa y apagada la aria de "Casta diva," del "malogrado maestro Bellini."

Cortinas amarillas y rojas cubrían los balcones y la puerta que daba á la antesala, que unidas á los cristales morados que adornaban los bastidores de otras puertas-vidrieras, dejaban estrecho paso á la luz del sol, cuyos rayos entraban á la sala modificados por tres colores diversos, y que dando un aspecto lúgubre á aquella mansión de la riqueza, publicaban que á los opulentos ofende la luz del astro del día, y que gustan de vivir como los murciélagos y las lechuzas.

Una preciosa alfombra cubría el pavimento, y las paredes color de rosa estaban